

## VIII.

El matrimonio civil se celebró el jueves en la Alcaldía. Desde las diez y cuarto del sábado siguiente, esperaban ya algunas señoras en la sala de los Josserand, para asistir á la ceremonia religiosa, que debía verificarse á las once en San Roque. Entre ellas estaban Mad. Juzeur, siempre con su traje de seda negro, Mad. Dambreville, con un magnífico vestido de hoja seca y Mad. Duveyrier, de azul pálido, vestida con suma sencillez. Las tres hablaban en voz baja, mientras que en el gabinete, Mad. Josserand, acababa de adornar á Berta, con ayuda de la criada y de las que debían desempeñar el papel de señoritas de honor, que eran Hortensia y Ángela Campardon.

—¡Oh! no es eso, murmuró Mad. Duveyrier, la familia es honrada. Pero lo confieso,

me hacia temer un poco por mi hermano Augusto el carácter dominador de la madre. Todo debe preverse, ¿no es verdad?

—Sin duda, dijo Mad. Juzeur: no se casa uno solamente con la hija, frecuentemente se casa uno también con la madre, y cuando ésta se impone en un matrimonio, no hay nada más desagradable.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete y salió Ángela, gritando:

—Un broche... en el fondo del cajón... á la izquierda... vuelvo en seguida.

Atravesó la sala, volvió y entró de nuevo en el gabinete, dejando en pos de sí, como una estela, el vuelo blanco de su falda, sujeta al talle por una ancha cinta azul.

—Yo creo que V. se equivoca, dijo madame Dambreville. La madre se considera muy dichosa al desembarazarse de su hija... No tiene más pasión que sus reuniones de los martes, y además le queda otra víctima.

En esto entró Valeria con un traje encarnado, singularmente provocativo. Había subido á escape, creyendo llegar tarde.

—Teófilo no acaba nunca, dijo á su cuñada. Ya sabe V. que he despedido esta mañana á Francisca, y anda buscando por todas partes una corbata. Le he dejado en medio de un desorden espantoso.

—La cuestión de la salud, añadió madame Dambreville, es también importante.

—Que duda tiene, respondió Mad. Duveyrier. Hemos consultado con discreción al doctor Juillerad, y parece que la joven es de excelente constitución. Su madre tiene también una magnífica naturaleza, parece de bronce, y esto nos ha decidido, porque la verdad, no hay nada más fastidioso que hallarse uno con padres llenos de achaques, teniendo que vivir á expensas de uno. Es infinitamente mejor que disfruten de buena salud.

—Sobre todo, dijo Mad. Juzeur con voz meliflua, cuando no han de dejar nada á sus hijos.

Valeria se sentó, muy agitada todavía, y no sabiendo de qué hablaban, preguntó:

—¿De qué se ocupan ustedes?

La puerta del gabinete se abrió de nuevo, y las convidadas oyeron una animada discusión.

—Te digo que la caja quedó sobre la mesa.

—No es verdad, la he visto ahí hace un momento.

—¡Eres una terca...! Vé tú á buscarla.

Hortensia cruzó por la sala, también vestida de blanco, con un cinturón azul. Pare-

cia haber envejecido, sus facciones eran duras, su tez amarillenta. Poco después volvió, furiosa aún, con el ramo de la novia, que buscaban desde hacía cinco minutos, en medio del desorden que reinaba en el gabinete.

—Por último; que quiere V., dijo madame Dambreville, nunca se casa una á su gusto. Lo más prudente es arreglarse después del mejor modo posible.

Ángela y Hortensia abrieron de par en par la puerta del gabinete para que la novia no se arrugase el velo, y Berta apareció con un traje de seda, blanco, llena de flores blancas, corona blanca, ramo blanco y sobre la falda una guirnalda blanca, que terminaba en la cola del vestido, bajo una lluvia de botoncitos, también blancos. En medio de tanta blancura estaba encantadora, con su cutis fresco, sus cabellos dorados, sus ojos risueños y su cándida boca de niña ya experimentada.

—¡Magnífica! ¡Deliciosa! exclamaron al verla las señoras.

Todas la besaron con éxtasis. Los Josserran en la mayor penuria y no sabiendo de dónde sacar los dos mil francos que necesitaban para la boda, quinientos el traje y mil quinientos su parte de gastos en el bai-

le y la comida, se vieron obligados á enviar á Berta á casa del doctor Chassagne á ver á Saturnino, á quien una tía habia dejado recientemente una manda de tres mil francos. Pidió permiso para sacarle un poco á pasear en coche, le colmó de caricias y luego fué con él á casa del notario, que ignorando la situación del joven, sólo aguardaba su firma. Gracias á esto pudieron el traje y las flores sorprender á las damas que, apreciando con el rabillo del ojo su valor, exclamaban:

—¡Magnífico! ¡Todo es de un gusto exquisito!

Mad. Josserand, radiante de alegría, ostentaba un traje malva, que aumentaba su volumen y parecía encerrarla como en una fortaleza. Echaba pestes contra M. Josserand, llamaba á Hortensia, pidiéndole su chal, y prohibía á Berta, con demasiada viveza, que se sentase.

—Ten cuidado, la decía, vas á arrugarte el velo y á estropear las flores.

—No se apure V., murmuraba Clotilde, tenemos tiempo, Augusto debe subir á buscartos.

Esperaban todas en el salón, cuando entró Teófilo de una manera brutal, con el frac mal puesto y la corbata blanca sin ha-

cer el lazo. Su rostro, de escasa barba y afeado por sus dientes, estaba livido: sus miembros, de niño enfermizo, temblaban de furor.

—¿Qué tienes? le preguntó su hermana, asombrada.

—¡Lo que tengo es... es...!

Pero una crisis le cortó la palabra y permaneció un minuto sofocado, escupiendo en su pañuelo, rabioso, por no poder desahogar su cólera. Valeria le miraba, turbada y advertida por el instinto. Él la amenazó, por último con el puño, sin reparar en la novia ni en las damas que la acompañaban.

—Sí, añadió, al buscar mi corbata he hallado una carta en el armario...

Y estrujaba un papel con sus febriles dedos. Su mujer palideció. Comprendió la situación, y para evitar el escándalo de una explicación pública, se retiró al gabinete que habia servido de tocador á Berta.

—Prefiero marcharme, ya que se pone así, dijo simplemente.

—Dejadme, gritaba Teófilo á Mad. Duveyrier, que procuraba acallarle... quiero confundirla. Esta vez tengo pruebas y no hay duda, ¡oh! no. No sucederá lo que otras veces, porque ahora le conozco.

Su hermana, que le habia cogido de un

brazo le detenía, empleando con él toda su autoridad.

— ¡Cállate! le decía. ¿Olvidas dónde estás? Este no es el momento oportuno, ¿lo oyes?

Pero él replicaba:

— ¿Que no es el momento? ¡Vaya si es! Me importa un bledo lo que puedan decir de mí. Tanto mejor si la cosa ha pasado hoy. ¡Con eso servirá de lección á la gente!

Sin embargo bajaba la voz, y rendido se dejó caer sobre una silla, faltándole muy poco para echarse á llorar. Mad. Dambreville y Mad. Juzeur se apartaron discretamente, como para dar á entender que no se enteraban de lo que ocurría. Mad. Josserrand, muy disgustada por aquella aventura cuyo escándalo proyectaba una sombra sobre la boda, pasó al gabinete á animar á Valeria. En cuanto á Berta, que se contemplaba al espejo, no oyó ni vió nada, y preguntó á media voz á Hortensia qué era lo que sucedía. Hubo un cuchicheo, ésta le designó á Teófilo y le dió algunas explicaciones, simulando que la arreglaba los pliegues de la falda.

— ¡Ah! dijo sencillamente la novia, con aire casto y malicioso, fijando su mirada en el marido, sin que la menor emoción apa-

reciese en su rostro embellecido con la aureola de flores.

Clotilde interrogaba en voz baja á su hermano. Mad. Josserrand reapareció, cambió algunas palabras con ella y volvió al gabinete. Aquello fué un cambio de notas diplomáticas. El marido acusaba á Octavio, al hortera como le llamaba, diciendo que le abofetearía en la misma iglesia si se atrevía á ir. Juraba y perjuraba que el día anterior le habia visto en la escalinata de San Roque con su mujer: al pronto dudó, pero ya estaba seguro de que era él: todo correspondía, la estatura, el aire. Si, su mujer inventaba almuerzos en casa de sus amigas, ó bien entraba con su hijo Camilo en San Roque por la puerta principal, confiaba el niño á la mujer de las sillas y se escapaba con el galán por el viejo corredor, un sitio asqueroso al que nadie habria ido á buscarla. Sin embargo, al oír el nombre de Octavio se sonrió Valeria; jamás habia tenido nada con él, se lo aseguraba á Mad. Josserrand. Por supuesto que tampoco habia tenido que ver nada con nadie, pero con aquél menos que los demás, y fortalecida porque decía la verdad, hablaba á su vez de salir á confundir á su marido probándole que la carta no estaba escrita por Octavio, como tampoco era él el

caballero con quien la había visto en San Roque. Mad. Josserand la escuchaba, la estudiaba con los ojos maestros en el arte de escudriñar la conciencia, y lo único que la preocupaba era buscar un expediente para ayudarla á engañar á su marido. Con este fin la dió los más sanos consejos.

—Déjeme V. á mí y no se mezele V. en nada, dijo. Quiero que sea M. Mouret; pues bien, M. Mouret será. ¿Qué mal hay en eso? ¿Tiene algo de particular que la haya visto á V. en la escalinata de San Roque con M. Mouret? Sólo la carta es la que puede comprometerla; pero V. quedará triunfante cuando el joven le enseñe algún escrito y se convenza de que no es suya la letra. Sobre todo haga V. lo que yo. Ya comprende usted que no puedo permitir que nos eche á perder un día como el de hoy.

Cuando salió con Valeria, muy conmovida, Teófilo decía á su hermana con voz entrecortada:

—Lo hago por tí, te ofrezco no cruzarla aquí la cara, puesto que me aseguras que no sería conveniente á causa de la boda... pero en la iglesia no respondo de mí. Si el hortera se atreve á ir allí á burlarse de mí en medio de mi familia, los extermino á los dos.

Augusto correctamente ataviado, pero con

el ojo izquierdo contraído por efecto de una jaquéca que venia barruntando hacia tres días, llegaba en aquel instante á buscar á la novia en compañía de su padre y de su cuñado, los dos de gran etiqueta. Hubo un poco de barullo porque entre unas y otras cosas se hizo algo tarde. Dos de las señoras Mad. Duveyrier y Mad. Dambreville, tuvieron que ayudar á Mad. Josserand á ponerse el chal que era de cachemira, inmenso, de fondo amarillo, usado sólo cuando repicaban recio por más que ya no fuese de moda. También fué necesario esperar á M. Josserrand que buscaba un botón para sujetar el puño de la camisa, que había sido barrido por la mañana. Por fin se presentó excusándose, feliz en medio de todo y bajó delante dando el brazo á Berta. Detrás salieron Augusto y Mad. Josserrand, y á continuación los demás convidados, turbando con su bullicio el silencio solemne siempre de la escalera y del portal. Teófilo se apoderó de Duveyrier cuya dignidad sufría al oír la historia que le contaba su cuñado. Éste colgado de su oído le pedía consejos, mientras que delante de ellos Valeria ya tranquila y en actitud modesta, oía las palabras de ánimo que la decía Mad. Juzeur sin hacer caso de las terribles miradas de su marido.

—¿Y tu devocionario? preguntó de pronto Mad. Jossierand en el colmo de la desesperación.

Ya estaban en los coches, y Angela tuvo que subir á escape á buscar el devocionario con tapas de terciopelo blanco. Por fin se puso en marcha la comitiva. Todos los vecinos iban en ella ó habían salido á ver á los novios. En este número se hallaban los domésticos y los porteros. María Pichon había bajado con su niña vestida como para salir, pero al ver á la novia tan compuesta, se conmovió hasta el punto de saltársele las lágrimas. M. Gourd notó que los únicos que habían permanecido indiferentes á todo eran los del segundo, aquellos inquilinos que se distinguían siempre por hacer lo contrario que los demás.

La puerta de la iglesia de San Roque se abrió de par en par. Una alfombra encarnada adornaba el centro de la escalinata. Era una mañana del mes de Mayo muy fría y lloviznaba.

—¡Trece escalones! dijo Mad. Juzeur en voz baja á Valeria, al entrar en el templo. ¡Mala señal!

Apenas pasó el cortejo por medio de las dos filas de sillas con dirección al altar mayor en donde las luces de las velas brillaban

como estrellas, el órgano llenó las bóvedas con armonías alegres. Era una iglesia muy mona, risueña, con sus grandes ventanas blancas, bordeadas de amarillo y de azul celeste, con sus columnas y zócalos de mármol rojo, su púlpito dorado sostenido por los cuatro Evangelistas, y sus capillas laterales llenas de primores de orfebrería. Pinturas de teatro amenizaban los lienzos de la cúpula; arañas de cristal pendían de delgados alambres, y las anchas bocas de los caloríferos escondían su aliento cálido entre las faldas de las damas.

—¿Está V. seguro de haber traído el anillo nupcial? preguntó Mad. Jossierand á Augusto que se instaló con Berta en los sillones destinados para los novios delante del altar.

Al pronto se asustó, creyó haberlo olvidado, pero notó tocándose por fuera que lo llevaba en el bolsillo del chaleco. Por lo demás, su ya próxima suegra ni siquiera aguardó la respuesta: desde que entró en el templo no hacía más que empinarse y dirigir miradas á todas partes para ver si faltaba alguien y al mismo tiempo para pavonearse. Allí estaban Troublot y Guenlin, Bachelard y Campardon, testigos de la novia, Duveyrier y el doctor Juillerat, testigos del novio, y

detrás confundidos la multitud de amigos y conocidos de las dos familias. Poco después vió á Octavio que abría paso á Mad. Hedouin, y en seguida corrió á su encuentro, le colocó detrás de una columna, y allí en voz baja y con rapidez, pronunció algunas palabras. El joven sin poder comprender lo que le decía, puso cara de asombro. Sin embargo, se inclinó prometiendo obedecer sus indicaciones.

—Estamos ya de acuerdo, dijo á Valeria al oído volviendo á sentarse en uno de los sillones destinados á la familia detrás de los que ocupaban los novios.

En ellos estaban M. Jossierand, los Vabre, los Duveyrier. El órgano continuaba regalando á los fieles escalas cromáticas, los convidados se colocaban con el corazón poseído de la más viva emoción, los curiosos llenaban el final del templo. El cura Maudit se había reservado el placer de bendecir la unión de unos de sus más estimados penitentes; y al presentarse de sobrepelliz, cambió una amistosa sonrisa con la concurrencia en la que halló muchas caras conocidas. Las voces entonaron el *Veni Creator*, el órgano repitió su canto de triunfo, y precisamente en aquel momento Teófilo descubrió á Octavio á la izquierda cerca de una

columna y delante de la capilla de San José.

Su hermana Clotilde trató de detenerlo.

—¡No puedo, balbuceó! jamás toleraré que venga aquí á insultarme.

Y obligó á Duveyrier á que le acompañase para representar á la familia. El *Veni Creator* continuaba. Algunas cabezas se volvieron.

Teófilo que había hablado de bofetadas, sintió tal emoción al acercarse á Octavio, que al pronto no halló palabra que decir, limitándose á ponerse de puntillas para parecer más alto.

—Caballero, dijo al fin, ayer le he visto á V. con mi señora...

Pero el *Veni Creator* terminaba, y se asustó al oír el sonido de su propia voz. Duveyrier por su parte disgustado por el giro que su cuñado daba al asunto, procuraba hacerle comprender que no era aquel el sitio á propósito para tratar de él. La ceremonia comenzaba delante del altar. Después de dirigir á los nuevos esposos una exhortación conmovedora, el sacerdote tomó el anillo nupcial para bendecirle.

—*Benedic, Dominus Deus noster, annulum nuptialem hunc, quem nos in tuo nomine benedicimus...*

Entonces Teófilo osó repetir en voz baja:

—Caballero, ayer estuvo V. en esta iglesia con mi esposa.

Octavio aturdido aún por las recomendaciones de Mad. Josserand, aunque no había comprendido bien el objeto de ellas, contó con la mayor ingenuidad la historia convenida.

—Con efecto, dijo, tuve el gusto de encontrar aquí á Mad. Vabre, y fuimos juntos á examinar las reformas que se están haciendo en el Calvario bajo la dirección de mi amigo Campardon.

—Luégo confiesa V., balbuceó el marido lleno de furor, luégo confiesa V...

Duveyrier le dió un golpecito en el hombro para calmarle. La voz penetrante de un acólito respondía:

—*Amen.*

—Y sin duda, añadió Teófilo mostrándole un papel, ¿reconocerá V. esta carta?

—Aquí no se hace eso, dijo el consejero escandalizado. ¡Veo que pierde V. el juicio!

Octavio cogió la carta. La emoción de los concurrentes iba en aumento. Muchos cuchicheaban, las mujeres se tocaban con el codo y miraban por encima de los devocionarios. Nadie hacia el menor caso de la ceremonia. Sólo los novios permanecían graves y tiesos delante del sacerdote; pero

Berta volvió también la cabeza y vió á Teófilo blanco como la cera en presencia de Octavio. Desde entonces se distrajo, y no hacia más que dirigir furtivas miradas hacia la capilla de San José.

El joven provinciano leía á media voz:

—«¡Chata mía...! ¡qué bien lo pasamos ayer! Hasta el martes en la capilla de los Santos Angeles, junto al confesonario.»

El sacerdote después de haber obtenido del novio un *sí* de hombre formal que no firma nada sin leer antes, se dirigió á la novia.

—¿Prometéis y juráis, dijo, guardar á M. Augusto Vabre fidelidad completa, como una fiel esposa debe ser para su esposo según los mandamientos de la ley de Dios?

Pero Berta que veía la carta en las manos de Octavio, esperaba de un momento á otro ver á los dos darse de bofetadas, y mirando de soslayo no oía las palabras del cura. Hubo un instante de silencio y de zozobra. Al fin comprendiendo que aguardaban su respuesta.

—Sí, sí, dijo precipitadamente y sin hacer caso de lo que decía.

El cura Manduit asombrado, siguió la dirección de las miradas de la joven, adivinó que tenía lugar en el templo una escena